

Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino

Román Piña Chan

Cuadernos del Departamento de Monumentos Prehispánicos, serie Arqueología, núm. 2, INAH, 1976

El continente americano se pobló, desde hace miles de años, por una serie de grupos humanos que en distintos tiempos y en oleadas sucesivas penetraron fundamentalmente por el estrecho de Bering; y este paso sólo era posible durante los periodos glaciales en que avanzaban los hielos, decrecía el nivel del mar y se formaba un puente helado entre Asia y Norteamérica, el cual podía cruzarse a pie.

Las estimaciones geológicas, las fechas de C-14 y los restos materiales de esos grupos indican que cuando menos por 2500 años antes de la era cristiana ocurrió una antigua inmigración de gente, de *Homo sapiens* en proceso de diversificación; y éstos trajeron una cultura muy sencilla, adaptada principalmente a la recolección de alimentos vegetales y animales, por lo cual sólo se han encontrado una serie de pobres artefactos hechos de nódulos y lascas de piedra, de cantos naturales trabajados por percusión, sin poseer todavía puntas de proyectil líticas.

Estos primeros pobladores fueron asentándose en lugares de Alaska y de las Aleutianas, avanzando por la costa del Pacífico —que era un corredor más amplio por las tierras emergidas— hasta dejar atrás la parte glaciada de Norteamérica, en busca de regiones más aptas para vivir; y poco a poco se fueron extendiendo por el sur, libre de hielos, logrando alcanzar algunos de ellos el territorio mexicano e inclusive partes de Centro y Sudamérica.

Posteriormente, tal vez entre 18000 y 15000 años antes de la era cristiana, penetró otra oleada de gente cazadora de fauna pleistocénica, la cual ya se había diversificado físicamente en sus lugares de origen; ellos introdujeron el germen de las puntas de proyectil acanaladas de las que surgieron las puntas Sandía, Clovis y Folsom en territorio americano.

Estos cazadores pronto cubrieron buena parte de Norteamérica, desde Alberta en el Canadá hasta las grandes planicies, ya que los hielos habían retrocedido hacia el norte, dejando un corredor paralelo a las Montañas Rocosas; y por abundar la fauna pleistocénica fueron abarcando nuevos territorios, cada vez más, hasta penetrar a México, en donde continuaron con su mismo tipo de vida. También esos cazadores pudieron irse mezclando con gente de la oleada anterior que sobreviviría en lugares de refugio, incrementando así el mestizaje de la población americana.

Después penetraron otros grupos ya más diferenciados y mezclados en sus lugares de origen, entre ellos los mongoloides, tal vez entre 8000 y 4000 años antes de la era cristiana; y éstos fueron introduciendo poco a poco la industria de piedra pequeña o microlítica, las viviendas semisubterráneas, el perro con afinidades árticas, la utilización del cobre nativo, la cerámica con semejanzas asiáticas y otros rasgos culturales más avanzados, sin perder sus contactos con Siberia y la costa de Asia, mediante la navegación.

En suelo de Norteamérica, y por los continuos desplazamientos, todos estos grupos —diferenciados y mezclados en sus lugares de procedencia— continuaron mestizándose, aclimatándose a distintos ambientes y aun asentándose en zonas de refugio, lo cual contribuiría a dar la diversidad de la población del Nuevo Mundo, máxime que algunos de ellos se extendieron a partes de México, Centro y Suramérica; no descartándose, desde luego, la penetración de otros pequeños grupos por la vía del Pacífico, después de 3000 a. C. y por medio de la navegación, aunque éstos no contribuirían tanto a la diversificación del tipo físico, sino que más bien influirían sobre la cultura de esos tiempos.

En nuestro territorio las evidencias humanas más antiguas se fechan hacia 20000 a. C., especialmente las de Tlapacoya, Estado de México, las cuales revelan que por esos tiempos el hombre era tanto recolector como atrapador de animales, tal como ocurría entre las gentes de la primera oleada de inmigrantes a Norteamérica; en tanto que después aparecen los cazadores de animales pleistocénicos, como lo indican las puntas de proyectil de los tipos Clovis, Folsom, Lerma, Plainview, etcétera, encontradas en varias localidades del suelo mexicano; algunos de los cuales pasaron a la recolección especializada y de ahí a la agricultura incipiente.

En otras palabras, los primeros pobladores del territorio mexicano fueron reducidos grupos que se desplazaron de Norteamérica, cuando todavía existían animales pleistocénicos como el mamut, gliptodonte, mastodonte, bisonte de gran cornamenta, caballo americano, camélidos y otras especies asociadas a una flora también muy antigua; y estos grupos tenían unos pocos artefactos adaptados a sus necesidades más apremiantes, como lo era el alimento, el abrigo y el vestido.

Estos primitivos pobladores eran recolectores y cazadores que llevaban una vida nómada, subsistían de la recolecta de plantas y animales en forma aleatoria, poseían pocos artefactos, se organizaban en bandas y tenían una cultura sencilla, aunque algunos comenzaron a experimentar con el cultivo de ciertas plantas nativas, desembocando a la horticultura o agricultura incipiente, base de las futuras comunidades aldeanas.

Dicho en otra forma, los recolectores y cazadores nómadas —que dependían esencialmente del medio vegetal y animal— se agrupaban en bandas menores o mayores, según las potencialidades de su ambiente; tenían una tecnología sencilla y en función de sus necesidades más apremiantes; su utillaje era escaso y sus poblamientos, dispersos y temporales; pero poco a poco algunas bandas se fragmentaron en familias

semisedentarias que vivían de la recolección y caza estacional en determinados territorios; nacieron los matrimonios exógamos; lo sobrenatural era la experiencia constante; prosperó algo la tecnología y al iniciarse la experimentación de los cultivos fueron abandonando el modo de la apropiación o recolecta de sus alimentos.

La agricultura fue una revolución en la producción alimenticia, facilitó el crecimiento de la población, permitió la vida en aldeas y el surgimiento de pequeñas sociedades y culturas originales que se apegaron a su propia tradición; o sea que con las aldeas se inició el sedentarismo, la producción de alimentos, las viviendas y poblamientos estables, la organización en comunidades tribales, el chamanismo, los clanes totémicos y la magia.

Los grupos agrícolas adoptaron una actitud distinta frente a su universo, dependían de otros medios, crearon una nueva forma de sociedad, pensaron diferente; y así surgieron las prácticas y creencias mágicas para explicar lo sobrenatural, el culto a los antepasados y las festividades agrícolas, la experiencia de los ciclos agrarios, etcétera; a la vez que se fueron generalizando ciertas reglas sociales como la exogamia, la obligación de cultivar el suelo, la distinción de los individuos por edad y sexo, los ritos de pubertad, la autoridad familiar y tal vez la integración de consejos con ancianos o personas de prestigio para la decisión de las empresas colectivas.

Con el tiempo se multiplicaron las economías autónomas, que aseguraban la cohesión y durabilidad de las comunidades aldeanas; aumentaron los recursos alimenticios por la explotación de nuevos ambientes, y con ellos crecieron las poblaciones; se intensificaron los intercambios entre los grupos y poco a poco algunas aldeas se fueron convirtiendo en focos de integración regional, en los cuales comenzó a concentrarse la riqueza, los excedentes económicos, surgiendo así los primeros centros ceremoniales y una nueva sociedad y cultura.

En esos centros la economía se basaba en una agricultura intensiva, gracias al inicio de la irrigación sencilla por medio de canales y al terracedo, complementada con la caza, pesca, recolección, ciertas artesanías y los intercambios; se disponía de un excedente de mano de obra; surgieron nuevas herramientas y técnicas; la sociedad estaba organizada bajo el gobierno de una casta sacerdotal; y entonces también surgieron los cultos y las festividades a los primeros dioses agrarios, los basamentos para templos y construcciones, es decir, la arquitectura, lo mismo que la escultura en piedra, los conocimientos del calendario, la numeración y la escritura jeroglífica, que hicieron posible el auge de una teocracia cada vez más poderosa.

De dichos centros nacieron las culturas regionales y locales, que se caracterizaron principalmente por sus estilos artísticos, en los que se advierte el desarrollo de la agricultura y la escultura, la pintura y la producción de objetos suntuarios, los conocimientos intelectuales y otros progresos; a la vez que se observa la repartición de las funciones sociales y cargos, los especialistas y artesanos de tiempo completo, el desarrollo de la religión y los cultos, el inicio del comercio, la fijación de las fiestas religiosas de acuerdo con un calendario, el apogeo de las matemáticas y la astronomía, la medicina herbolaria y otros aspectos.

En algunas partes la teocracia impulsó la creación de verdaderas ciudades y centros urbanos en el sentido prehispánico, en donde una economía productora de alimentos tuvo que recurrir a una mejor irrigación para intensificar la agricultura, aunada a la producción artesanal y al comercio interno y foráneo, a la vez que extraer de las poblaciones vecinas un mayor excedente económico para el sostenimiento de dichos centros o ciudades; y allí florecieron las artes y los conocimientos, la religión, las artesanías, y la sociedad fue organizada jerárquicamente bajo un gobierno sacerdotal con la consiguiente división social y explotación.

Algunas sociedades teocráticas extendieron su comercio a lugares bastante alejados, iniciaron la formación de una casta de mercaderes que se acompañaban de una escolta militar para su defensa cuando viajaban por tierras lejanas; y esto, más una serie de movimientos de grupos que buscaban nuevos lugares donde asentarse, migraciones de gente belicosa que atentaba contra los centros de alta cultura, invasiones de tierras y fronteras, empobrecimiento de las poblaciones y suelos de cultivo, ineficacia de la religión para resolver los problemas sociales, difusión de nuevos cultos y dioses, etcétera, fueron factores que asentaron las bases del militarismo y el surgimiento de nuevas sociedades y culturas.

En ese periodo la sociedad es gobernada por la casta militar o guerrera; la conquista de otros grupos y pueblos se vuelve práctica corriente; se imponen los tributos como factor económico; se transforma la religión agraria; se integran los cacicazgos o señoríos, la cultura propicia la creación de caudillos y héroes divinizados; se monopoliza el comercio hasta el máximo y el arte exalta al espíritu militar, se pone a su servicio; y así se llega a un periodo francamente imperialista, con metrópolis que gobiernan un gran territorio, que impone sus costumbres y su lengua al vencido, que institucionaliza la tributación y hace de la guerra un factor económico y de dominio político, al mismo tiempo que dicta leyes, mantiene un ejército y establece una sociedad con casi verdaderas clases sociales.

Desde los primeros pobladores del territorio mexicano —Tlapacoya, Iztapan, Tepexpan— hasta los mexicas de Tenochtitlan hay una evolución social y cultural continua, la cual a grandes rasgos hemos tratado de bosquejar, especialmente a través de los cambios que pueden observarse en los materiales arqueológicos y fuentes históricas; evolución que muestra, por otra parte, la larga historia de nuestro pasado precolombino, rico en sociedades y culturas que cambiando constantemente llegaron hasta los tiempos de la conquista española, sentando las bases de la nacionalidad mexicana.

Al respecto, México es un mosaico de ambientes físicos y culturas, cuenta con una compleja configuración superficial y geológica, con variadas regiones o provincias fisiográficas y ecológicas donde el hombre de tiempos precolombinos encontró los lugares más favorables para vivir, no sin luchar contra la naturaleza; y así, desde las planicies calcáreas de la península de Yucatán hasta las tierras pantanosas de Tabasco fue la región de los mayas, quienes construyeron ciudades como Palenque, Comalcalco, Bonampak, Yaxchilán, Río Bec, Edzná, Jaina, Uxmal, Chichén Itzá, Tulum y muchas más, cada una de ellas con un estilo peculiar; región en donde surgieron también varios pueblos derivados del gran tronco maya, entre ellos los chontales, lacandones, tzeltales, tzotziles, tojolabales, choles, mames y mayas yucatecos, que aún subsisten.

Los mayas antiguos fueron los genios matemáticos y astrónomos del Nuevo Mundo: ellos descubrieron la exacta posición y uso del cero; crearon un sistema numérico vigesimal por posición; ajustaron su calendario solar o civil en 365 días; calcularon el mes sinódico lunar en 29 días; computaron el ciclo venusino en 584 días; dejaron tablas para la predicción de eclipses; y registraron las fechas de sus acontecimientos más importantes en preciosas estelas, dinteles y escalinatas, partiendo de una fecha-era.

Esos conocimientos estaban en manos de los sacerdotes, quienes residían en los numerosos centros ceremoniales y ciudades, en los que no faltaban observatorios, basamentos y templos, canchas para el juego de la pelota, calzadas, chultunes, adoratorios y en ocasiones arcos de entrada a las ciudades; y fueron los mayas quienes inventaron el arco falso o bóveda de piedra salediza para techar sus edificios, las crestas, las columnas serpentinas y otros elementos arquitectónicos, a la vez que fueron diestros talladores de piedras finas, creativos ceramistas, tejedores, escultores, pintores y literatos, como puede leerse en el Popol Vuh o en los libros de los Chilam Balam.

En Oaxaca, cuyo territorio es sumamente montañoso, se desarrollaron los zapotecas y mixtecas, los

primeros asentados principalmente en los valles y la costa —Monte Albán, Quiotepec, Etna, Cuilapan, Zaachila— los segundos en la cadena serrana de la alta Mixteca —Nochistlán, Yanhuitlán, Tilantongo, Coixtlahuaca, Mitla, Tututepec— y también allí se asentaron otros grupos marginales, como los huaves, amuzgos, triques, mixes, cuicatecos, mazatecos y chinantecos, quienes a pesar de la conquista española todavía sobreviven.

Antiguamente los zapotecas poseían una gran cultura: vivían en ciudades o centros ceremoniales en los que había templos sobre basamentos con tablero de doble escapulario, juego de pelota, observatorios, palacios y otras estructuras menores; conocían la escritura jeroglífica, la numeración y el calendario; desarrollaron una arquitectura funeraria con tumbas de cajón o con cámaras abovedadas, decoradas con nichos y a veces con pinturas; tuvieron una cerámica principalmente de color gris, representando a sus diversos dioses en urnas y braseros que ponían como ofrendas a los difuntos para que les sirviesen de acompañantes y custodios; a la vez que tallaron las piedras verdosas en forma de placas-pectorales, orejeras, máscaras y otros ornamentos.

Por su parte los mixtecas bajaron de la sierra hacia los valles para conquistar poblamientos zapotecas y fundar sus señoríos, con centros como Mitla en donde impusieron su decoración preciosista en forma de grecas sobre las fachadas de los edificios y en el interior de los cuartos; decoraron también sus tumbas cruciformes, en donde enterraban a sus señores con ricas ofrendas; y fueron consumados orfebres del oro, plata y cobre; trabajaron delicadamente el hueso, la madera, el cristal de roca, el alabastro y la turquesa; hicieron una bella alfarería policroma y pintaron códices en piel de venado, en los que dejaron constancia de sus genealogías, conquistas, conocimientos geográficos e históricos, fiestas religiosas, dioses y varios temas más.

Por la costa del golfo de México, desde el sur de Veracruz hasta las planicies de Tabasco, se asentaron los olmecas arqueológicos, quienes fundaron centros ceremoniales como San Lorenzo, Tres Zapotes, Cerro de Las Mesas y La Venta, ubicados especialmente en las márgenes de los ríos y ambientes selváticos; centros en los que floreció la escultura en piedra, monumental o preciosista, como lo atestiguan las cabezas colosales, los altares monolíticos, los pisos de mosaico, cajas o sarcófagos, esculturas del dios jaguar y de sacerdotes, delicadas figurillas de jade, diminutas máscaras, orejeras y otros ornamentos, además de que iniciaron la escritura jeroglífica y el calendario que fueron heredados por los zapotecas y mayas.

En la franja costera del centro de Veracruz floreció la cultura totonaca, principalmente en sitios como El Tajín, Yohualichan, Cempoala, Isla de Sacrificios, Quauhtochco y Quiahuiztlan, que eran grandes centros cívico-religiosos en diferentes periodos; y allí sobresalieron los edificios decorados con nichos, los juegos de pelota con paneles decorados en bajorrelieves el complejo yugos-hachas-palmas y figurillas sonrientes; lo mismo que una alfarería policroma, figuras de animales con ruedas y vasijas talladas en alabastro; rasgos que después fueron modificados por las conquistas mexicanas.

Y más hacia el norte, por la sierra Madre Oriental que tiene algunos valles y escarpamientos dirigidos a la costa del golfo, se desarrolló la cultura huasteca, caracterizada por sus construcciones de planta circular, una cerámica de color blanco o crema en forma de calabazas con vertedera, también por vasijas bicromas y policromas representando animales y seres humanos, figurillas y un delicado tallado de la concha y el caracol marino; además de que los huastecos gozaron fama de ser grandes tejedores, brujos o hechiceros e ilusionistas y en su territorio se crearon varias deidades —Tlazolteotl, Quetzalcóatl-Ehécatl, Ixcuina— que fueron adoptadas por los mexicanos.

En el Altiplano o mesa central de México florecieron importantes culturas prehispánicas, ya sea por los fértiles valles del Bajío, Toluca, México, Puebla y Morelos, o por las zonas lacustres de Chapala, Cuitzeo, Pátzcuaro y cuenca de México; o sea que allí tuvieron asiento los teotihuacanos, toltecas, mexicas, otomíes, matlatzincas, cholultecas, colimenses, tarascos y muchos grupos más, algunos de los cuales han sobrevivido.

Los teotihuacanos construyeron una gigantesca urbe y un Estado teocrático por excelencia; allí elevaron la arquitectura y la escultura a planos monumentales, no exentos de religiosidad; decoraron sus cuartos y palacios y templos con bellas pinturas murales; modelaron elegantes vasos con soportes y tapas, lo mismo que vasijas y braseros en los que se advierte su espíritu creador; hicieron delicadas figurillas de barro, algunas con los miembros móviles como títeres, a la vez que figuras recortadas en obsidiana; y tallaron excelentes máscaras de piedra con fines funerarios; tuvieron una religión politeísta con dioses como Tláloc (lluvia), Xipe Tótec (primavera), Huehuetotl (fuego); desarrollaron el comercio, establecieron colonias y fueron los creadores del estilo arquitectónico de talud y tablero.

Los toltecas fueron más bien militaristas; fundaron su capital en Tula, Hidalgo; ciudad compuesta de varios conjuntos de edificios, entre ellos el Templo de Tlahuizcalpantecuhtli (señor del alba o venus como

estrella matutina), el Palacio Quemado, los juegos de pelota, el Cuatepantli, El Corral, etcétera; y allí también se labraron los famosos colosos o cariatídes en forma de guerreros, columnas serpentinas, banquetas con escenas procesionales de guerreros, lápidas con jaguares y águilas devorando corazones humanos, chacmoles, almenas en forma de caracol cortado y lápidas del hombre-pájaro-serpiente (del dios Quetzalcóatl) las cuales embellecían los edificios y el centro ceremonial.

Por su parte, los mexicas o aztecas fueron imperialistas, ya que lograron conquistar en poco tiempo un vasto territorio por la fuerza de las armas; y así la gran Tenochtitlan se convirtió en una rica metrópoli, urbana y cosmopolita, en la que habían calzadas y canales, acueductos y fuentes públicas, templos y adoratorios, escuelas y bibliotecas, jardines botánicos y parques zoológicos, palacios con huertas, mercados o tianguis y, en suma, todos los elementos de una gran ciudad, en la que se concentraba el poder político y los tributos de los pueblos conquistados.

En consecuencia, allí floreció la arquitectura de los templos gemelos y de las alfardas de escaleras rematadas en un cubo para poner los braseros y portaestandartes; la escultura monumental como la Coatlicue (diosa de la tierra), Piedra del Sol y Piedra de Tizoc; la metalurgia y la plumaria; las obras hidráulicas como el acueducto de Chapultepec y El Albarradón; lo mismo que la hechura de códices en papel de amate; la escritura, literatura y poesía; la medicina herbolaria; el comercio y otros muchos aspectos culturales.

Los matlatzincas fundaron señoríos militaristas en Calixtlahuaca, Malinalco, Joquicingo, Calimaya, Teotenango y otros lugares; conocieron la metalurgia, tallaron la obsidiana fueron buenos tejedores de algodón y fibra de maguey, lo mismo que ceramistas y escultores; a la vez que ayudaron a los tarascos en sus guerras y algunos grupos poblaron en el centro de Michoacán, por lo cual fueron llamados Pirindas o Los de en Medio.

Y antiguamente los tarascos o purépechas dominaron un gran territorio por medio de conquistas militares; establecieron su capital en Tzintzuntzan, Michoacán; construyeron yácatas o basamentos de planta rectangular-circular; fueron afamados metalurgistas, plumarios, ceramistas y talladores de obsidiana; a la vez que mantenían guarniciones para la defensa del imperio en Jarácuaro, La Huacana, Zitácuaro y Oztuma, contra la penetración mexicana principalmente; y comerciaban con la tierra caliente, la costa y la sierra, obteniendo miel, cera, algodón, plumas, pieles, aceites, copal, oro, plata, cobre y sal.

Por la zona semiárida volcánica de la Mesa del Norte, desde Zacatecas a Chihuahua —que cuenta con

varias cuencas aluviales como Valparaíso, Villanueva, Guadiana, Poanas y Guatímape— hay una franja territorial que fue ocupada por grupos de agricultores avanzados, como lo revelan los sitios arqueológicos de Chalchihuites y La Quemada, con sus impresionantes construcciones sobre los cerros, o como se observa en El Teul, Las Ventanas, El Zape y Casas Grandes; sitios que adquirieron una base cultural mesoamericana, pero con influencias de otros pueblos nortños.

Así, en Casas Grandes o Paquimé, Chihuahua, hay casas de planta circular y semisubterráneas; edificios con varios pisos y cuartos hechos de adobe; un juego de pelota de planta oval; canales de riego y cisternas para almacenar el agua; hornos para cocer mezcal; jaulas de adobe para guardar pericos y aprovechar sus plumas; cerámica policroma como la del suroeste de Estados Unidos; ornamentos de concha, turquesa y cobre; pipas y hachas de ranura; mientras que en La Quemada, Zacatecas, hay todo un sistema de revestimiento del cerro, con edificios de lajas cuatrapeadas y columnas, plazas y adoratorios, que le dan la impresión de una ciudadela fortificada; además de cerámica, ornamentos, enterramientos, pipas, hachas de ranura y otros objetos.

Con posterioridad este territorio fue ocupado por grupos de más bajo nivel cultural, como los zacatecos, cuachichiles, cazcanos, conchos, jovas y huicholes; últimos que continúan habitando por la parte septentrional del estado de Jalisco, allá en los límites con Nayarit y Zacatecas, especialmente en las barrancas, picachos, valles y mesetas, donde suelen encontrarse sus cabeceras y santuarios.

En la propia sierra Madre Occidental —donde Imperan lo cañones y barrancas como la del Cobre y del Presidio— el hombre ocupó los abrigos rocosos y las cuevas como viviendas temporales y para enterrar a sus muertos; región que también fue ocupada por algunos grupos seminómadas que llegaron a contar con la agricultura y, desde luego, por los Varohios, Tepehuanos, Jovas y Tarahumaras que aún subsisten.

Hacia el noroeste de México, de Sonora a Nayarit —donde se ubica el ardiente desierto de Altar y numerosas planicies aluviales son surcadas por ríos como el Mayo, Yaqui, Fuerte, Acajoneta y Santiago— se asentaron varios grupos humanos que evolucionaron de una vida nómada a la sedentaria, levantaron aldeas agrícolas y pueblos con estructuras ceremoniales como se observa en Guasave, Culiacán, Chametla, Amapa, Trincheras y otros sitios más; culturas prehispánicas que se caracterizaron por el conocimiento de la cerámica, de los tejidos y aún de la metalurgia del oro y del cobre; que tenían pipas de barro y de piedra para fumar el tabaco; poseían artefactos y hachas de ranura, malacates y agujas, ornamentos de concha y

de turquesa, a la vez que levantaban edificios ceremoniales y fortificaciones en lugares estratégicos. Además de esos grupos, por tiempos cercanos a la conquista española hubieron otros que en su mayoría sobreviven; tales como los seris, pimas, opatas, pápagos, yaquis, mayos y coras.

Y en la península de Baja California —que tiene desiertos como El Vizcaíno, sierras como las de Juárez y San Pedro Mártir, llanuras como la de La Paz y verdes franjas costeras como la de San José del Cabo— vivieron originalmente grupos de cazadores de animales pleistocénicos y recolectores como los de Comondú, San Joaquín y Laguna Chapala, hoy desaparecida; luego se asentaron gentes pescadoras y recolectoras de moluscos que dejaron concheros desde Ensenada hasta el Cabo San Lucas; y más tarde allí vivieron grupos nómadas que nos legaron pinturas rupestres y petroglifos, como los de San Fernando, San Borjita, Palmarito y Cabo Pulmo, así como los Yumanos históricos, Laymones, Cochimíes, Seris, Guaicurús y Pericues, conocidos por los misioneros del siglo XVI e historiadores posteriores.

Por todo ello decíamos que México es un mosaico de paisajes y de grupos indígenas, de regiones geográficas y ambientes en donde el hombre encontró, desde lejanos tiempos los lugares más propicios para vivir; y de ahí la existencia de numerosas sociedades y culturas precolombinas, lo mismo que de grupos actuales que prácticamente habitan en las regiones que ocuparon sus ancestros y, que en conjunto, constituyen el México indígena de ayer y de hoy.

En nuestro tiempo el estudio y conocimiento de los indígenas del pasado es tarea de la arqueología, apoyada en las otras ramas de la antropología y en otras disciplinas científicas que contribuyen al conocimiento del hombre, de la humanidad; tarea cuyo propósito debe ser el conocimiento de las sociedades y culturas desaparecidas, de su desarrollo y evolución, a través del cambio, a efecto de que ese conocimiento ayude a comprender a los indígenas actuales y se procure su mejoramiento y transformación, en base a la realidad social del país y a la aspiración de una sociedad más justa.

Formulación del modelo

Todo grupo humano o sociedad obtiene de la naturaleza las fuentes de su vida, dominándola por medio de las energías de que dispone, según el grado de conocimientos y tecnología alcanzados en un momento determinado; y la forma de vida resultante y compartida por sus miembros evoluciona y cambia en el transcurso del tiempo, permitiendo nuevas transformaciones de la naturaleza y sociedad

En otras palabras, cualquier grupo humano o sociedad emplea su fuerza de trabajo, herramientas y técnicas que posee para arrancar al medio ambiente de su localidad lo que necesita para vivir; y las actividades cotidianas y colectivas que resultan, así como las relaciones existentes entre sus miembros, progresan y cambian con el tiempo, determinando nuevas transformaciones en la naturaleza y sociedad.

Este proceso que ocurre en el presente ha ocurrido también en el pasado, es aplicable a las sociedades desaparecidas que estudia la arqueología; y así, tanto en el viejo como en el Nuevo Mundo las sociedades han evolucionado de formas sencillas a formas cada vez más complejas, sin que necesariamente todas ellas hayan progresado igual, o hayan tenido que pasar por una serie sucesiva de formas de desarrollo.

Así, ya mencionábamos anteriormente que los primeros pobladores del territorio mexicano fueron recolectores y cazadores nómades que vivían de la apropiación de plantas y animales; que algunos se volvieron cazadores especializados de animales pleistocénicos y otros fueron recolectores especializados; que algunos grupos comenzaron a experimentar con el cultivo de ciertas plantas nativas, lo cual los llevó a la agricultura incipiente; y que más tarde se desarrolló la agricultura y surgieron las aldeas sedentarias, luego los centros ceremoniales, las ciudades urbanas y la teocracia; finalizando con la creación de señoríos militaristas que sucumben ante la conquista española.

Esta evolución brevemente bosquejada, considero que se adapta bastante bien a la dinámica cultural del México precolombino, constituye en sí un modelo de desarrollo sociocultural que puede ser aplicado por la arqueología; y sólo necesita ser formulado con términos claros y precisos que muestren dicha evolución y cambios, que concuerden con las evidencias arqueológicas y hechos históricos, a la vez que dentro de una periodificación y cronología relativamente exacta, la cual permita la incorporación de las fases locales establecidas por los arqueólogos.

Tomando en cuenta todo ello, y sujeto desde luego a la revisión y crítica de los estudiosos, el modelo propuesto es el siguiente:

- I. Época de la apropiación de alimentos
 - Etapas de los recolectores y cazadores nómades
 - Periodo preagrícola: 20 000-7 000 a. C.
 - Periodo protoagrícola: 7 000-5 000 a. C.
- II. Época de la producción de alimentos
 - Etapas de las comunidades sedentarias
 - Periodo agrícola incipiente: 5 000-2 400 a. C.
 - Periodo agrícola aldeano: 2 400-1 200 a. C.

Etapas de los pueblos y Estados teocráticos

Periodo de las aldeas y centros ceremoniales: 200 a. C.-200 d. C.

Periodo de los centros ceremoniales y ciudades urbanas: 200-900 d. C.

Etapas de los pueblos y Estados militaristas

Periodo de las ciudades y señoríos militaristas: 900-1 250 d. C.

Periodo de los señoríos y metrópolis imperialistas: 1 250-1 521 d. C.

En este esquema las épocas se caracterizan por la forma de obtener los alimentos, es decir, por la simple apropiación de ellos, sin transformación o recolectados y por la producción alimenticia que implica el control de los mismos; las etapas van definiendo el paso del nomadismo o trashumancia al sedentarismo, de las bandas a las comunidades, aldeas, pueblos y Estados, es decir, a los agrupamientos humanos que van de lo sencillo a lo complejo con sus implicaciones demográficas; y los periodos van marcando el poblamiento de los grupos o sociedades: cuevas, campamentos temporales, aldeas, centros, ciudades y metrópolis, con el consiguiente desarrollo económico, tecnológico, social, político y cultural.

Por apropiación entendemos el tomar una cosa sin transformarla o producirla, una especie de recolecta; la producción es lo contrario; nomadismo es el cambiar de lugar frecuentemente, propio de grupo no civilizados o de bajo nivel cultural, en tanto que sedentarismo es lo contrario; por comunidad entendemos la a una congregación de personas que viven unidas y observan ciertas reglas; aldea es un lugar pequeño de corto vecindario o de población reducida; pueblo es un lugar mayor, centro o ciudad, con población concentrada y aumento demográfico; centro es el punto más concurrido de una población local y foránea, donde se radica la organización administrativa, política y religiosa; en tanto que ciudad es el lugar donde habita una gran población, el cual tiene conjuntos de edificios intercomunicados, subcentros o barrios, algunos servicios públicos y otros progresos.

Por teocrático entendemos un gobierno ejercido por los sacerdotes; por ceremonial queremos decir un lugar donde se llevan a cabo los cultos religiosos, las festividades y otros actos públicos; urbano implica planeación de un pueblo o ciudad, lugar populoso y con servicios públicos, edificios, plazas, mercados, calles, etcétera, dentro de una traza premeditada; por señorío entendemos el lugar o territorio que gobierna un señor, cacique o jefe, por lo general una jurisdicción o provincia; Estado es un territorio cuyos habitantes se rigen por leyes, sujeto a un gobierno central y constituido por cabeceras, pueblos, centros, provin-

cias y aún naciones; provincia es la división territorial de un Estado, sujetas administrativamente a una autoridad; en tanto que militarista indica el predominio del elemento militar o guerrero en el gobierno de una provincia o Estado; y por imperialista entendemos ser partidario de extender por medio de la fuerza de las armas el dominio de un Estado sobre otros pueblos, aunque el jefe del gobierno no sea emperador.

Aplicación del modelo

I. Época de la apropiación de alimentos

Se refiere a los más antiguos acontecimientos que ocurrieron en el continente americano, a las primeras oleadas o penetraciones de inmigrantes que se fueron adaptando progresivamente a sus nuevos ambientes ecológicos, dispersándose y aun mezclándose con el tiempo en varias partes de América; los cuales traían algunos rasgos culturales del Viejo Mundo que se adaptaron y transformaron o evolucionaron en suelo americano.

Estos grupos humanos fueron contemporáneos a una flora y fauna pleistocénica que se extinguió o transformó en parte ante los cambios climáticos del Holoceno o Reciente, su economía era fundamentalmente del tipo de apropiación de alimentos naturales dentro de un patrón recolector que se ajustaba a las potencialidades de cada zona; la producción de sus artefactos o instrumentos estaban en función de las necesidades de subsistencia, como el alimento, el abrigo y el vestido, por lo cual pueden mostrar cierto progreso tecnológico gradual y aún alguna especialización; a la vez que la densidad de población era muy reducida, el nivel cultural era bastante bajo, y existían varias formas o modos de vida tradicionales, localizadas en unos pocos sitios pero dentro de vastos territorios.

Etapas de los recolectores y cazadores nómadas

Estas formas de vida, sencillas y generalizadas, se basaban fundamentalmente en la recolección y cacería, solas o combinadas, primarias o secundarias, en diversos grados de especialización o no, y de carácter nómada por lo común; esa trashumancia se ajustaba a los hábitos de los animales y a las estaciones de los productos vegetales, lo mismo que al problema de conseguir suficientes alimentos para la subsistencia del grupo, no permitiendo una gran población ni una organización social compleja.

En otras palabras, la explotación de los recursos alimenticios del medio natural, de zonas ecológicamente variables, se traducían en una simple apropiación

o recolecta; y ello sólo permitía la formación de bandas menores o mayores, unidas tal vez por lazos de parentesco, sexo y edad, las cuales poseían una gran movilidad y un escaso equipo material, ajustado a las necesidades más apremiantes.

Periodo preagrícola: 20-7000 a. C. Independientemente de los hallazgos ocasionales de ciertos artefactos estimados como muy antiguos, en Tlapacoya, Estado de México, se han encontrado evidencias de que el hombre ya existía desde cuando menos 20000 años antes de la era cristiana; y ello permite suponer que el poblamiento americano es más antiguo en Norteamérica y cuando menos igual o un poco más reciente en Sudamérica, aunque nuevos descubrimientos deben mostrar una antigüedad decreciente de norte a sur.

En Tlapacoya los escasos implementos encontrados no permiten definir con certeza qué tipo de vida llevaban, es decir, que el grupo pudo ser tanto recolector como cazador; y ello nos recuerda a una serie de hallazgos ocurridos en América, consistentes en núcleos y lascas, partidores o *choppers*, martilladores, machacadores y otros sencillos artefactos, generalmente toscos e indiferenciados, que pudieron aplicarse indistintamente a la recolección y a la caza de una paleofauna en vías de extinción, para lo cual los grupos podían contar también con puntas de proyectil no líticas.

Y por ciertas evidencias asociadas a esos hallazgos, los grupos conocían la manera de producir el fuego pudieron habitar estacionalmente las cuevas o abrigos rocosos, lo mismo que acampar temporalmente al aire libre; y los grupos constituirían reducidas bandas de familias nomádicas, que explotaban un hábitat determinado por cierto tiempo, cambiando de lugar cuando la subsistencia ya no era posible.

Junto a esa vida, indiferenciada por los artefactos encontrados, se observa que otros grupos posteriores dependían más de la caza de animales pleistocénicos o mega fauna, selectivamente o especializada localmente, con recolección estacional como actividad secundaria, en baja escala y con cierta restricción territorial pero nomádicos; y de ahí también la especialización de algunos implementos, como las puntas de proyectil de los tipos Clovis, Folsom, Lerma, Plainview, etcétera, localizadas en varios lugares del territorio mexicano, lo mismo que raspadores, grabadores, tajadores, raederas, buriles, pulidores, machacadores, lascas, etcétera, que acusan cierto adelanto tecnológico y más variados usos.

De hecho, estas bandas nomádicas o trashumanes eran recolectoras de plantas y animales, aunque algunas fueran de cazadores especializados y reco-

lectores en baja escala; así en la fase Ajuereado del Valle de Tehuacán, Puebla, Mc. Neish ha señalado que las micro bandas o familias nomádicas vivían de la recolección de plantas silvestres, de la caza y atrapamiento de animales, tanto paleofauna como especies menores (caballo, antílope, conejo silvestre, aves, etcétera) a la vez que habitaban las cuevas, cambiando sus campamentos varias veces al año, estacionalmente. Entre sus implementos se encuentran puntas Lerma, navajas, buriles, raspadores, lascas, tajadores, cuchillos y raederas.

También es evidente que otros grupos dependían más de la recolección especializada y de la caza tardía, con eficientes técnicas para recoger y preparar sus alimentos vegetales, y que cazaban y atrapaban animales, lo mismo pleistocénicos sobrevivientes que pequeños; a la vez que pudieron iniciar la pesca y la recolección de moluscos en lugares aptos para ello.

Ejemplo de este primer periodo son los hallazgos de Tlapacoya, Edo. de México (20000 a.C.) Tepexpan (12-10000 a.C.) el Complejo Ajuereado del Valle de Tehuacán, Puebla (11-10000- a.C.) el Complejo Diablo, Tamaulipas (10000 a.C.) el Complejo Lerma (10-9000 a.C.) Santa Isabel Iztapan (9-8000 a.C.) y algunos más.

Periodo protoagrícola: 7-5000 a. C. La vida recolectora se fue especializando más, desde luego sin abandonarse la cacería y la pesca, pasando los grupos a los umbrales de la agricultura; y así MacNeish dice que en la fase El Riego de Tehuacán, Puebla, se han encontrado piedras para la molienda, machacadores, morteros, manos, raspadores, navajas, buriles, agujas y punzones de hueso, puntas de proyectil con espigas, dardos de asta de ciervo o de madera, trampas, redes y otros implementos más, adaptados a varias actividades cotidianas; y los grupos han de haber constituido bandas de familias extendidas, nomádicas estacionalmente, que ocupaban semipermanentemente las cuevas o abrigos rocosos, o que podían levantar campamentos al aire libre; a la vez que recolectar plantas silvestres como el guaje o calabazo, agaves, amaranto, maíz, chile, aguacate, zapote, frijol, algodón, etcétera.

De hecho, los grupos de Tehuacán y de otros lugares alcanzaron nuevos progresos culturales, entre ellos el tejido y la cestería, evidente en las redes, mantas, sandalias, bolsas, cestos tejidos en espiral, petates, etcétera y también incineraban a sus muertos o los enterraban en el interior de las cuevas, envueltos en mantas o petate y con acompañamiento de pobres o sencillas ofrendas para la otra vida. Algunos grupos pudieron practicar el chamanismo y los sacrificios humanos.

Ejemplos de este periodo son los hallazgos de la cueva Espantosa de Coahuila; el complejo El Riego de Tehuacán (7-5 200 a.C.) el complejo Infiernillo de Tamaulipas (6 500-6 200 a.C.) los niveles más bajos de la cueva de Santa Marta, Chiapas, el nivel Zohapilco 1 de Tlapacoya, etcétera; y desde luego, por estos tiempos los recolectores y cazadores seguían las rutas naturales determinadas por el terreno, permanecían temporalmente ahí donde las posibilidades del medio se los permitía, y cambios climáticos importantes modificaban sus fuentes de alimentos, animales y vegetales, repercutiendo en sus modos de vida.

II. Época de la producción de alimentos

Se refiere a los tiempos posteriores al temprano poblamiento de América en general y de México en particular, durante los cuales los grupos, con un carácter más americano, fueron asentando las bases de las culturas propiamente sedentarias regionales del Nuevo Mundo; y con ello se inicia y evoluciona la forma de vida productora de alimentos, en diversos grados; aumenta la densidad demográfica; se hace común la vida en aldeas, centros ceremoniales y ciudades en el sentido prehispánico; progresa la tecnología; etcétera; alcanzándose niveles culturales cada vez más adelantados, que se ven truncados por la conquista española.

Etapa de las comunidades sedentarias

Significa una forma de vida estable; basada principalmente en la agricultura o pesca, con caza y recolección subsidiaria, que van determinando una gradual economía mixta productora de alimentos; misma que se traduce en una cultura más desarrollada, con poca especialización y abierta al cambio. La economía, autosuficiente gradual, permite cierto aumento de la población; la fundación de aldeas pequeñas o grandes, dispersas o relativamente cercanas, formando una comunidad tribal, multifamiliar; y el equipo material se acrecienta ante la aparición de nuevas ocupaciones que pueden realizar ambos sexos, o sea que puede llegarse a una producción artesanal sencilla y practicada por todos, sin requerimientos de especialistas de tiempo completo.

Aspectos como una producción de alimentos que se destina a cubrir las necesidades de la comunidad aldeana; cierta organización social autónoma; economía autosuficiente; vinculación entre la agricultura o pesca con las artesanías que se conciben como ocupaciones suplementarias practicadas por ambos sexos; apropiación de la tierra para la realización de los cultivos; intercambios de recursos entre los grupos de diferentes zonas geográficas; población se-

dentaria concentrada; afianzamiento y divulgación del patrón agrícola; propagación de plantas; etcétera, son factores que se presentan en esta etapa de las comunidades sedentarias

Periodo agrícola incipiente: 5000-2400 a. C. En el curso del tiempo algunas bandas rebasaron el nivel de vida y de cultura recolectora, especialmente en zonas potencialmente ricas en plantas y animales, llegando a un franco sedentarismo estacional y a la experimentación cultivadora de algunas especies vegetales nativas, lo cual condujo a la integración de tempranas y reducidas aldeas, habitadas más bien semipermanentemente, y al cultivo u horticultura incipiente, base de futuros progresos culturales.

Pero esos cultivos incipientes —que marcan de hecho la etapa productora de alimentos— jamás eliminaron el modo de recolección de plantas y la caza de animales, que cuantitativamente definen a la época anterior; o sea que la presencia de cultivos y aldeas sólo alcanza su máximo en periodos posteriores, cuando la agricultura es capaz de sostener a comunidades mayores y permanentes, por lo cual este periodo es más bien transicional a ellos.

Así, este periodo se refiere a tiempos en que se iniciaron los cultivos, después de un largo y lento proceso de observación y experimentación con algunas plantas nativas, con lo cual se inicia o gesta la época de producción de alimentos; pero estos cultivos sólo constituían un bajísimo porcentaje de la dieta alimenticia, la cual seguía siendo prácticamente recolectora, cazadora y pescadora, combinadas en diversos grados.

En otras palabras, algunos grupos dependían más de la caza, recolección y pesca, aunque comenzaron a domesticar algunas plantas por la selección de ciertas especies; o sea que de una larga experimentación pasaron a la domesticación gradual de plantas silvestres, desembocando a la horticultura o cultivo de algunas de ellas. Y también, por depender de los recursos alimenticios de los bosques, ríos y costas, eran recolectores estacionales de vegetales y moluscos, lo mismo que pescadores en baja escala.

Según las exploraciones de MacNeish en el valle de Tehuacán y otras evidencias arqueológicas, estos grupos podían constituir macrobandas seminómadas, con tendencia al sedentarismo y a la concentración de la población en aldeas restringidas, situadas en un lugar determinado y ocupadas por periodos anuales; y dichas macro bandas estarían formadas por familias nucleares, unidas por parentesco, y posiblemente integrando clanes patrilineales con diferenciación por sexo y edad; contaban ya con el perro domesticado y habitaban también estacionalmente las cuevas, o se asentaban a lo largo de los ríos

y costas, construyendo casas o viviendas semisubterráneas en algunos sitios.

Entre sus artefactos, algunos mejor adaptados, pueden citarse: piedras de molienda, metates, morteros y manos; molcajetes, machacadores, recipientes de piedra, agujas, punzones, puntas de proyectil pequeñas, navajas, etcétera; y ya contaban con plantas domesticadas como el maíz, la calabaza, frijol, chile y otras más, que contribuían quizás hasta con un 25% de la dieta alimenticia.

También tejían bolsas, redes, sandalias, cordeles, mantas, petates, canastos, entre otros enseres de varias fibras vegetales; enterraban a sus muertos envueltos en telas o esteras, rociados con polvo rojo de hematita o cinabrio, acompañándolos con ofrendas para la otra vida; y pudieron tener ciertas creencias mágicas y practicar el chamanismo e iniciar el sentido artístico en sus ornamentos y artefactos.

Dichos grupos pudieron prosperar más en zonas ricas en plantas y animales, evolucionado por sus propios medios o por contactos con otros vecinos; y al final del periodo pudo introducirse la cerámica, de aspecto tosco o primitivo en algunos casos.

Ejemplos de este primer periodo son los hallazgos de Coxcatlán (5200-3400 a.C.), el complejo Nogales (5000-3000 a.C.), Ocampo (3700-2600 a.C.), el complejo Abejas (3400-2300 a.C.), La Perra (3000-2200 a.C.), cueva de Santa Marta, etcétera; y durante él se intensifica la explotación de los bosques, hay un ligero aumento de la población, se inician las técnicas agrícolas, surgen algunos implementos para el trabajo del campo, se establecen las primeras aldeas y hay más ocupaciones cotidianas que contribuyen a la vida en comunidad y al sedentarismo.

Periodo agrícola aldeano: 2400-1200 a.C. Se refiere a los grupos plenamente sedentarios, agrícolas o pescadores básicamente, que vivían en aldeas y cuya economía autosuficiente permitía la subsistencia de una población relativamente pequeña; misma que poseía un orden social interno que no rebasaba el plano de la comunidad tribal y que tampoco requería de personas especializadas.

En este periodo diversos grupos van asimilando una economía agrícola o pescadora, se expande el conocimiento de la agricultura, se transmiten las plantas y técnicas de cultivo de una región a otra y se va consolidando un régimen agrario o de pesca, productor de alimentos.

Aunque en algunos lugares se pueden aprovechar las cuevas temporalmente, hay ahora la tendencia a construir aldeas a lo largo de los ríos y la costa, a veces con chozas o viviendas semisubterráneas; y los grupos agrícolas cuentan ya con varias especies de

maíz, calabaza, frijol, chile y otras plantas alimenticias, lo mismo que con el algodón y frutas silvestres que recolectan. También tienen al perro domesticado, entierran a sus muertos, y cuentan con artefactos más adaptados a sus necesidades.

Un nuevo rasgo en este periodo es la introducción de la cerámica, como se ha visto en el valle de Tehuacán e Izúcar, Puebla, o en Puerto Márquez, Acapulco, Guerrero; y ésta se caracteriza por un color cafetoso, con la superficie cuarteada o con hoyitos, debido al grueso desgrasante de arena o grava que contiene la pasta que no permite un buen pulimento, por lo cual se le ha llamado “cerámica con viruela” por Brush. Entre sus formas predominan las ollas y cuencos sencillos, con bases esféricas; y esta cerámica no guarda al parecer, relaciones con las tradiciones alfareras conocidas. Su aparición se coloca, de acuerdo con fechas de Carbono 14, de 2400 a 2300 a.C. por ahora.

Ejemplos de este periodo son la fase Purrón del valle de Tehuacán (2300-1500 a.C.), que según MacNeish contaba con pequeñas aldeas de casas semisubterráneas, cuencas o recipientes de piedra y cerámica cafetosa; la fase Flacco de Tamaulipas (2000 a.C.), la cueva de Santa Marta; Tlapacoya etcétera; y para entonces las tempranas comunidades cuentan con una mayor variedad de recursos, la caza y la pesca continúan contribuyendo a la dieta y la agricultura se va desarrollando lo suficiente, como para poder sostener a grupos mayores.

Así, el paulatino desarrollo de la vida aldeana lleva a la ocupación no sólo de los ríos y costas sino también de los valles y laderas de los cerros, en los que habían tierras aptas para la agricultura; y ésta se practicaba por el sistema de humedal o de avenida, aunque también se utilizaba la roza o milpa, aclarando parte del bosque con ayuda del fuego y hachas de piedra. Para la siembra se usó el bastón plantador y la semilla se guardaba en graneros.

Además de la cerámica y modelado de figurillas, los grupos se dedicaban a la manufactura de sus artefactos o herramientas: puntas de proyectil para la caza; metates y morteros para la molienda; raspadores o raederas, navajas y cuchillos, hachas y pulidores, punzones y agujas, etcétera; para los cuales empleaban el pedernal, la obsidiana, la serpentina, el hueso y el asta, la madera y otros materiales.

También aprovechaban y tejían el algodón para la confección de sus vestidos y adornos para la cabeza; hacían cestas y petates; trabajaban la concha para obtener sus ornamentos que completaban el atuendo personal; y mantenían ciertos intercambios con los grupos vecinos, para suplir o equilibrar las deficiencias de materias primas y aún de productos alimenticios y algunos objetos elaborados.

Para este periodo ya existía la división del trabajo por sexo y edad, aunque todavía no perfectamente institucionalizada, pues habían agricultores, cazadores, pescadores, alfareros, tejedores, lapidarios, cesteros y personas dedicadas a otras actividades sencillas, a veces practicadas por ambos sexos; integrando todos ellos una comunidad tribal gobernada tal vez por individuos de experiencia, edad y prestigio, que veían por la colectividad.

Y desde el punto de vista religioso o de sus creencias, la sociedad de aquellos días ha de haber tenido un culto a las fuerzas de la naturaleza, ligadas a la agricultura, a la tierra y al agua, por lo cual celebrarían ciertos ritos y ceremonias agrícolas; a la vez, rendían culto a sus muertos, enterrándolos en agujeros excavados en el suelo, en posición extendida por lo regular, y con acompañamiento de ofrendas para la otra vida.

Este desarrollo cultural, a grandes rasgos, es el que se observa inicialmente en algunos lugares del Altiplano central de México, entre ellos El Arbolillo, Tlapacoya, Zacatenco y Tlatilco; y en ellos aparece una cerámica esencialmente monocroma, en coloraciones negro, café negruzco, bayo y café rojizo y blanca, en vasijas que adoptan la forma de cuencos sencillos o de silueta compuesta, ollas y vasos de paredes divergentes, todas ellas de cuerpos y bases esféricas. También se aprecia que la decoración es continúa alrededor de la pieza, sobresaliendo un motivo de triángulos rellenos de líneas paralelas incisas.

Y las figurillas se hacían a mano, agregando a la cara y el cuerpo los rasgos faciales y los adornos, por medio de filetes y bolitas de barro, técnica conocida como “al pastillaje”, lo cual indica una tradición alfarera propia del Altiplano; dichas figurillas fueron evolucionando de formas toscas a formas mejor equilibradas anatómicamente, desarrollo que puede apreciarse en los llamados “tipos C3, C2, F antiguo y C1” con sus variantes locales.

Las figurillas, por otra parte, revelan algunos datos más, y así éstas representan generalmente a mujeres, lo cual podría indicar la existencia de clanes matrilineales o el culto a la fertilidad; muestran escasa indumentaria y mayor énfasis en la desnudez y pintura facial y corporal; a la vez que se observa el uso de orejeras, narigueras, collares, brazaletes, sandalias y tocados elaborados, que implican el tejido, la preocupación por los adornos y un mayor gusto estético que en el periodo anterior.

Desde estos tiempos la cultura olmeca se comienza a formar en el sur de Mesoamérica, sobre la base de una tradición cerámica que incluye la impresión de cuerdas y de textiles, la excisión, el estampado de mecedora o *rocker stamp*, el punteado o punzonado,

la impresión de uña, el asa de estribo y otros rasgos más; tradición cerámica a la cual se le añade el simbolismo del jaguar, animal totémico del grupo, y el modelado de figurillas con los ojos ranurados o incisos, bocas con las comisuras hacia abajo, como de recién nacidos y cabezas deformadas y rapadas o combinadas con mechones de pelo.

Una vez formada la cultura olmeca, con una clara obsesión felina, esta comienza a extenderse en dos direcciones principales: una dirigida hacia la costa del golfo, vía istmo de Tehuantepec, para alcanzar lugares como San Lorenzo, La Venta, Tres Zapotes, etcétera, y otra dirigida hacia Oaxaca, Guerrero, Puebla y Morelos, la cual, hacia 1250 a.C., cuando menos, alcanza la cuenca de México.

Por ello decimos que los olmecas se dispersaron por la costa del golfo y por Oaxaca-Guerrero-Altiplano central, estableciéndose en lugares no ocupados con anterioridad y en sitios en donde ya existía una población distinta a ellos; y en este último caso los olmecas contribuyeron a modificar la cultura existente y a enriquecerla, como se observa en Tlapacoya, Tlatilco, Chalcatzingo, Las Bocas, Ajalpan y otros lugares.

De ahí que en esos sitios se encuentre cerámica negra, blanca, roja, blanco sobre rojo, café, rojo sobre blanco y rojo sobre café, que corresponden a la tradición alfarera local; junto con cerámica negra gruesa, negra con bordes blancos, grisácea brillante, blanca o marfil fina, amarillenta laca y otras más, que corresponden a los olmecas; y de allí también que junto a formas sencillas esféricas aparezcan tecomates, platos y vasos de base plana, botellones tipo Chavín, botellones con asa de estribo, vasijas efigie, platos con pico vertedera, vasijas de caolín, decoradas en muchos casos con los típicos elementos felinos.

En las figurillas se advierte el mismo proceso que en la cerámica, pues los alfareros locales producían ejemplares de la tradición “C” o al pastillaje, mientras que los olmecas introdujeron sus figurillas de color blanco pulido, por lo regular sedentes, y con la cabeza deformada, de cuya mezcla surgieron las figuras huecas o tipo “cara de niño,” el tipo “D” o “mujer bonita” y otras muchas variantes.

El impacto de esta cultura olmeca sobre la población aldeana del Altiplano central fue decisiva, pues impulsó al mismo tiempo la tecnología, la economía, las artes y la religión iniciales; y así a través de las figurillas se ven representaciones de magos o brujos, músicos y danzantes, acróbatas y enanos o bufones, mujeres embarazadas o cargando a sus hijos, jorobados y otros seres deformes, viejos y niños, jugadores de pelota, etcétera; lo mismo que la práctica de la deformación craneal, la mutilación dentaria, el corte

total o parcial del pelo, la pintura corporal y facial, el uso de trenzas entre las mujeres, y otras costumbres.

También mejora el tejido y la indumentaria (faldillas, bragueros, capas, cinturones, sandalias, sacos, sombreros, barbiquejos, entre otros); se hacen más ricos y variados los ornamentos (orejeras, collares, narigueras, espejos pectorales, etcétera); y se utilizan sellos o pintaderas de barro, máscaras de barro y tal vez de madera, silbatos, por mencionar algunos.

La representación de magos o hechiceros permite inferir que ahora éstos son los que dirigen o gobiernan a la comunidad, que son los que participan en las festividades agrícolas, en las que no faltan la música y la danza, las acrobacias y el juego de la pelota; y a esas fiestas asistían ataviados con máscaras fantásticas, pelucas y sonajas en las manos, para causar mayor impresión.

Esos brujos eran, por otra parte, los representantes de la autoridad política y religiosa de aquel entonces, aunque en este último sentido sería más correcto hablar de creencias mágicas; ya que rendían culto a la lluvia y a la tierra, a la fertilidad, simbolizado por el jaguar-serpiente y realizaban ritos agrícolas y fiestas; al igual que adoraban a algunos animales totémicos como el pato y la serpiente, tanto acuática como de cascabel, y llegaron a fusionar el concepto de la serpiente acuática con el jaguar, para elaborar una especie de dragón terrestre conectado con la tierra y el agua fertilizante.

En relación con la magia representaron en sus figurillas a seres femeninos con dos cabezas o con tres ojos en una misma cara, a personas con manchas de pelo en las mejillas, a viejos con la lengua colgante y partida, a jorobados y a otros individuos patológicos, lo mismo que máscaras con una mitad jaguar y otra mitad hombre, o una mitad vida y otra mitad muerte, todo ello tal vez como amuletos para conjurar o evitar esos aspectos inexplicables.

Y en cuanto al culto a los muertos, ahora se observa que los cadáveres se enterraban comúnmente en posición flexionada, además de la extendida, colocados en hoyos excavados en la tierra, en ocasiones con ringleras de piedras para delimitar la fosa, y con acompañamiento de ricas ofrendas para la otra vida; a la vez que se hacían sacrificios humanos, especialmente de niños y perros que fungían como custodios o acompañantes del muerto.

Además de estos grupos más adelantados, en las costas habían aldeas de individuos que dependían fundamentalmente de la pesca y la recolección marítima, aunque también podían recolectar productos vegetales silvestres y cazar algunos animales terrestres; los cuales desarrollaron el arte de la navegación en canoas o balsas; tuvieron una tecnología

apropiada a sus actividades de subsistencia; conocían el tejido y la cestería, y mantenían contactos con los grupos agrícolas, propiciando el cambio cultural.

Así, en Altamira, Izapa, Mazatán y otros lugares de Chiapas, los grupos eran fundamentalmente pescadores, tenían cerámica roja, negra, incisa y acanalada, en forma de tecomates y cuencos sencillos; explotando sus microambientes por la recolección y la caza como actividades complementarias, y tal vez con una agricultura a base de plantar tubérculos como la yuca.

Otros sitios, como Chiapa de Corzo, eran agricultores, tenían una cerámica desarrollada, hacían figurillas de barro, enterraban a sus muertos con acompañamiento de ofrendas; y tenían sellos de barro, sonajas y silbatos, pequeñas máscaras, cuentas y orejeras de jade, etcétera

De hecho, en este periodo pudieron existir aldeas iniciales o primitivas que por ser autosuficientes permanecieron sin cambiar prácticamente; aldeas de pescadores, basados en su autoabastecimiento, que también por cierto aislamiento no prosperaron; y aldeas principalmente agrícolas que recibieron estímulos de otros grupos contemporáneos, haciéndolas progresar notablemente.

Sin embargo, todas ellas definen a una etapa bastante homogénea, de comunidades tribales autosuficientes; aunque ciertas aldeas comienzan a mostrar, como es natural, una serie de rasgos que definirán una etapa más avanzada, entre ellos: la existencia de brujos o hechiceros que controlan el poder, y que se convertirán en sacerdotes y jefes; la colonización de lugares por algunos grupos, como los olmecas; una mayor intensidad de los intercambios de productos; un mayor intercambio de recursos provenientes de zonas geográficas alejadas; ciertos servicios comunales como los cementerios o lugares fijos para los enterramientos; creencias mágicas tendientes a la creación de dioses; un mayor desarrollo de la tecnología; aumento de población y proliferación de aldeas; y aún un patente mejoramiento en la construcción de las viviendas, con la aparición en algunos lugares de plataformas de tierra o lodo, revestidas de piedra, para asentar las chozas. En algunos sitios se delimitan los entierros con ringleras de piedras, germen de las tumbas; y pudieron haber casas comunales hechas de materiales perecederos.

Etapa de los pueblos y Estados teocráticos

Se refiere a la consolidación de una economía mixta productora de alimentos, que exige una máxima explotación de los diversos ambientes ecológicos, el desarrollo de nuevos sistemas agrícolas como el terracedo y los sencillos canales para el riego artificial;

lo mismo que el aumento de la población, el gradual desenvolvimiento de las artesanías y la tecnología, la acumulación de excedentes económicos, el comercio interno y foráneo, etcétera, lo cual determina el nacimiento de una nueva sociedad, en la que un grupo de individuos controlan el poder político y económico, la producción de los alimentos y las manufacturas, creando un sistema de redistribución de los excedentes en beneficio de los centros ceremoniales y urbanos, lo mismo que de la población que en ellos reside.

Gradualmente, algunas aldeas mayores se van transformando en pequeños centros ceremoniales, los cuales incorporan a su órbita a ciertas aldeas vecinas; algunos centros ceremoniales crecen y se transforman en verdaderos centros urbanos o ciudades, los cuales aglutinan a otros centros y aldeas vecinas; y en ellos florecen las artes y los conocimientos, las artesanías y el comercio, la religión y otros aspectos culturales, cada vez más complejos.

Periodo de las aldeas y centros ceremoniales: 1 200 a. C.-200 d. C. La aparición de los primeros centros ceremoniales ocurre en la costa del golfo y en el sureste de México antes que en el Altiplano central, principalmente en lugares ocupados por los olmecas, como San Lorenzo, La Venta, Tres Zapotes, entre otros; y en ellos ha de haber intervenido decididamente la intensificación de los intercambios, la colonización de lugares estratégicos a manera de rutas comerciales y el control de ellas, ya que desde el periodo anterior los olmecas llevaban de la costa del golfo el hule para las pelotas, el chapopote, las conchas y caracoles marinos, el jade, entre otros, controlando por medio de intermediarios el algodón, el caolín, turquesa, obsidiana, hematita, etcétera, de otros grupos.

Así, los intercambios, la incorporación de los recursos de otras zonas geográficas, la integración de varias aldeas a un centro mayor y una organización centralista permitió el desarrollo de sus centros ceremoniales, en los cuales había sacerdotes y jefes, artesanos especializados, campesinos, mercaderes, sirvientes, etcétera, dentro de un sistema jerárquico.

Estos olmecas construyeron centros ceremoniales con plazas rodeadas de basamentos, edificios cívicos y religiosos, aunque hechos de tierra o lodo; desarrollaron una escultura mayor y menor, fundamentalmente en piedra, material que tenía que ser llevado a los centros desde lugares alejados, por medio de balsas y canoas; lograron desarrollar excelentes técnicas lapidarias y una escuela artística tradicional que influyó sobre otros pueblos; y fueron los iniciadores de la expansión territorial, aspecto que más tarde desembocaría en el militarismo.

Ellos tallaron enormes altares monolíticos, a veces con representación de sacerdotes saliendo de la entraña del jaguar; labraron cabezas colosales a manera de retratos de sus jefes que habían sido decapitados en el juego de la pelota; hicieron cajas o sarcófagos de piedra; figuras en bulto; pisos de mosaico de serpentina, figurando mascarones esquematizados del jaguar; tumbas hechas con bloques de basalto a manera de troncos de árboles clavados en el suelo; lápidas y estelas con personajes en relieve; grabados sobre rocas naturales y otras obras mayores; lo mismo que bellas figurillas de jade y otras piedras verdes, hachas votivas con finas incisiones, máscaras y delicados ornamentos.

También construyeron largos caños de piedra para el aprovechamiento del agua y para los desagües; colocaban monumentos de piedra en las plazas y al frente de sus edificios; sanearon y nivelaron terrenos para el crecimiento del centro ceremonial; iniciaron la planeación y la orientación de sus construcciones; tuvieron una religión centrada principalmente en el jaguar, pero relacionada con la agricultura, la tierra, la lluvia, la fecundidad y otros aspectos conexos; al mismo tiempo, iniciaron el conocimiento del calendario, de la numeración y de la escritura jeroglífica, o sea que tuvieron algunas observaciones astronómicas, preocupándose por fijar el ritmo de las estaciones, las épocas de siembra y cosecha, celebración de sus festividades agrícolas y otros progresos.

Estos olmecas influyeron sobre otros grupos aldeanos, gracias al intercambio de experiencias, ideas y conocimientos, a veces interviniendo directamente sobre las poblaciones o por los intercambios de productos; y así surgió Monte Albán y otros centros tempranos de Oaxaca, en donde comenzó la arquitectura, el calendario, la numeración y la escritura jeroglífica, que llegaron a ser más adelantadas; o Izapa y otros lugares de Chiapas, en donde se desarrolló un estilo artístico con raíces olmecas, relacionado con el de la costa del Pacífico de Guatemala, de los cuales nació prácticamente la cultura maya.

Así, por los finales del periodo ya están presentes rasgos como: centros ceremoniales que se colocan como focos rectores de varias aldeas vecinas; sociedades formadas por sacerdotes, jefes, artesanos, mercaderes, campesinos, etcétera, que constituyen estamentos sociales o grupos clasistas; cierta especialización de productos manufacturados; intercambio de productos, experiencias e ideas; estilos artísticos regionales; religión institucionalizada; conocimientos como el calendario; numeración y escritura jeroglífica; división del trabajo; etcétera; todo lo cual contribuirá a la formación de los primeros Estados que en periodos siguientes alcanzarán nuevas modalidades.

En la evolución de las aldeas, en el Altiplano central se observa como algunas de ellas se fueron transformando en villas o pueblos concentrados, como aumentó la población y fueron proliferando los sitios ocupados, entre ellos; el cerro del Tepalcate, Ticomán, Cuicuilco, Tlapacoya, Chimalhuacán, Xico, Cuanalán y muchos más; lo cual inicia un nuevo periodo de progreso cultural, en el que se incrementa la agricultura, se desarrolló la tecnología, aparece la arquitectura y comienzan los artesanos de tiempo completo y la casta sacerdotal.

La agricultura se vuelve casi óptima gracias a nuevos sistemas como el terracedo y la iniciación del regadío por medio de canales, como se ha visto en Amalucan, Puebla, a lo cual se agrega el trueque y una producción artesanal más eficiente, y tal vez el cultivo de nuevas plantas y el empleo de abonos. A su vez, el contacto mayor con otros grupos contribuye también el progreso cultural, recibiendo estímulos para el cambio y una orientación casi urbana en el sentido prehispánico.

Los nuevos sistemas agrícolas aumentan la eficiencia en la producción de alimentos, con menos trabajos y mayores excedentes, lo cual se traduce también en un mayor tiempo disponible para el desarrollo de las artes y las artesanías, para la elaboración de los conocimientos; surgiendo los estilos artísticos locales o regionales que caracterizarán a las altas culturas, ya sean decorativos o en función de la religión.

Los excedentes económicos, el aumento de población, la intensificación de los intercambios y el surgimiento de una clase de individuos que organizan y centralizan la producción de varias aldeas, la fuerza de trabajo de las comunidades y el control político, permite el nacimiento de los primeros centros ceremoniales con estructuras cívico-religiosas, que actúan como focos de concentración humana, interna y foránea; o sea que ahora se integran varias aldeas en un centro mayor, tal vez por razones de tradiciones o forma de vida y lengua común, o por medios coercitivos, centro en el cual surge un nuevo modo de producción y grupos clasistas que tienden a concentrarse cada vez más.

Con la aparición de los centros ceremoniales, pequeños o grandes, surge la arquitectura, la cual se manifiesta en las plataformas para casas, basamentos para templos, plazas o patios, altares, muros de contención, caños para el drenaje y otras obras menores; y con ello adelanta la tecnología, pues aparecen los martillos o mazos de piedra, cuñas de madera para la extracción de la piedra, cinceles de serpiente, plumadas, pulidores de pisos y paredes, taladros, etcétera, y se diversifican los materiales de construc-

ción, entre ellos: troncos, morillos, lodo, piedra, cantos de río, paja, palma, estuco y otros más.

Algunos de esos centros ceremoniales, pequeños pero con una población concentrada, se situaban en las estribaciones de los cerros, otros se asentaban por las márgenes de los ríos y lagos, en terrenos abiertos; y servían como núcleos integradores de las aldeas o rancherías vecinas, las cuales contribuían a su sostenimiento, o sea que ya estaba constituido el poblamiento denominado de "constelación," es decir, aldeas dispersas dependientes de un centro mayor.

Esos centros se regían por sacerdotes que actuaban como jefes, auxiliados por otros sacerdotes menores o personas de linaje y prestigio, con funciones específicas para la buena marcha de la sociedad, entre ellas la organización del trabajo comunal para la construcción de edificios cívicos y religiosos, que contribuían al engrandecimiento de dicho centro; y también había artesanos, algunos especializados, lo mismo que mercaderes campesinos, sirvientes, etcétera; o sea que ya existían categorías sociales con funciones diversificadas, antecedente directo de la sociedad teocrática monopolista de las verdaderas civilizaciones.

En la cuenca de México la arquitectura evolucionó de la sencilla choza asentada sobre una plataforma a los basamentos para templos, compuestos de una serie de plataformas superpuestas, rectangulares o circulares, con rampas o escaleras y con un templo-choza encima; y de ahí se pasó al concepto de la pirámide truncada, que culminó en las imponentes estructuras de Teotihuacán.

Con la aparición de los primeros centros ceremoniales y la casta sacerdotal nació también la religión, pues ahora hay representaciones de un dios Viejo del Fuego, concebido como un anciano jorobado, que carga a la espalda un brasero; también se comienza a representar al antecedente del dios Tláloc o de la lluvia, con rasgos de animal y hombre, esquematizados, sobre el cuello de algunos botellones; lo mismo que al antecedente del dios Xipe, que llegará a ser patrono de los mantenimientos y de la primavera. Por su parte, los olmecas tienen a un dios jaguar y representaciones de serpientes aladas que simbolizan a la lluvia.

A su vez, el culto a los muertos continúa prosperando, pues aparecen las tumbas para las personas importantes, enterradas en ellas sobre una capa de corteza vegetal o de cinabrio, acompañados de numerosos objetos como ofrenda; y las tumbas tienen ya paredes de piedra y techos de lajas; mientras que en las ofrendas se colocan cestos, cerámica, cuchillos, ornamentos, figurillas y otros objetos. Además de este tipo de enterramiento hay otros que se hacen

directamente en el suelo, con pobres ofrendas, lo cual indica también la diferenciación social existente.

La cerámica de este periodo se caracteriza por la policromía y la decoración negativa, por el predominio de los soportes ornamentales, y aparece la técnica del estuco seco pintado y la combinación del negativo-policromo. En la cuenca de México ese estilo alfarero se ve enriquecido por la introducción del estilo de Chupícuaro Guanajuato; y también se reciben influencias sureñas como los soportes mamiformes, las vasijas tetrápodos, la vertedera sencilla y las molduras labiales y basales.

Lo mismo sucede con las figurillas de barro, que localmente se siguen produciendo por la técnica del pastillaje o tradición "C", mientras que Chupícuaro, Guanajuato, introduce también su estilo de figurillas aplanadas que modifican un tanto a las anteriores (estilo H4).

También se trabaja más la concha y el caracol marino, traídos tanto del Atlántico como del Pacífico; y con ellas se hacían cuentas para los collares, pectorales, pendientes, objetos calados a manera de mosaico, figuras recortadas en varias partes y con perforaciones para coser o sujetar a los vestidos, discos perforados y otros más. De igual manera se observa el desarrollo del tejido del algodón y de la cestería, última que se hacía trenzada y enrollada en espiral.

La proliferación de varias aldeas alrededor del valle de Teotihuacán, y la concentración de la población hacia el centro del mismo determina la organización de un centro mayor; ello permitió la construcción de las grandes pirámides del Sol y de la Luna, a escala monumental, pero siguiendo el tipo de arquitectura en boga, es decir, plataformas superpuestas con muros en talud y revestimiento de estuco sobre la piedra, con angostas escalinatas limitadas por alfaradas; lo cual revela una organización social avanzada, ideas religiosas bien establecidas, excedentes económicos e integración de la fuerza de trabajo comunal, especialistas, etcétera, factores que permitieron el desarrollo de las grandes civilizaciones.

En resumen, durante este periodo aparecen los primeros edificios religiosos y una gradual especialización de labores; un patrón de pequeñas aldeas compactas que se concentran alrededor de un centro ceremonial con basamentos-templos; comienza la importancia de la casta sacerdotal, cuya fuerza se basa en un creciente prestigio por sus conocimientos; y esta casta funciona como grupo político que junta a varias aldeas y las controla o gobierna, que toma las decisiones de la sociedad, volviéndose una elite encargada del gobierno, de los cultos religiosos, de las artesanías y de los intercambios de productos y materias primas.

Desde luego, esa elite necesitaba coordinar el trabajo de las poblaciones aldeanas para lograr excedentes alimenticios, impulsar las construcciones de los centros, transportar la piedra y las materias primas de una región a otra, etcétera; y tal vez una fuerza coercitiva o un fervor religioso contribuyeron a la creación de esa nueva sociedad, autoritaria y estratificada, con una hábil organización y control centralizado.

El grupo directriz no necesitaba vivir directamente en los recintos ceremoniales, sino que éstos eran más bien atendidos por unos cuantos sacerdotes y sirvientes para la buena marcha de los asuntos administrativos y religiosos, sirviendo al mismo tiempo como lugares de peregrinaje y mercado en fechas especiales; pero allí se comienza a observar una concentración de población, una naciente aristocracia que controla el poder y el comercio, que divulga su estilo artístico y su ideología, sus conocimientos intelectuales, base de las futuras civilizaciones.

Y ejemplos de este periodo pueden ser San Lorenzo (1200-800 a. C.), La Venta (1000-400 a. C.), Ixapa (700-600 a. C.), Dzibilchaltún (800 a. C.) Chiapa de Corzo, Cuicuilco, Tlapacoya, cerro del Tepalcate, Chimalhuacan, entre otros; en los que se comienzan a manifestar los núcleos de construcciones alrededor de plazas, las esculturas monumentales, la orientación de los edificios y esculturas, ejes y espacios rectores de las estructuras, calendarios agrícolas y rituales, cultos agrícolas que se van modificando, costumbres funerarias más elaboradas, monopolio de las artesanías y rutas comerciales en potencia, repartición de las funciones sociales y otros muchos aspectos culturales que aumentarán de grado en el periodo siguiente.

Periodo de los centros ceremoniales y ciudades urbanas; 200-900 d. C. En este periodo se incluye a los grupos o sociedades que alcanzaron una alta cultura o civilización, basada en una economía que produce suficientes excedentes para el sostenimiento de una creciente población no productora de alimentos, concentrada en centros mayores que cuentan con numerosos edificios y una arquitectura desarrollada, tendientes en varios casos al urbanismo; regidos por jefes-sacerdotes principalmente, los cuales constituyen un gobierno central, organizador de las obras públicas, de las manufacturas, del comercio, de la administración y de la política.

En términos generales se obtienen más excedentes económicos por la agricultura con irrigación sencilla, por la incorporación de nuevas tierras para el cultivo, por la tributación de más aldeas, por una producción artesanal más especializada y por el comercio

intensivo y extensivo que incorpora materias primas, objetos y recursos de otras regiones, lo cual permite el sostenimiento de grupos no productores de alimentos, que contribuyen al engrandecimiento y embellecimiento del centro, prosperando una arquitectura monumental asociada a la escultura y la pintura mural; los conocimientos astronómicos, calendáricos, matemáticos y de medicina herbolaria; la escritura jeroglífica y otros aspectos culturales, todo ello a nivel más alto que en el periodo anterior.

La población más densa y concentrada; la diferenciación socioeconómica; la división del trabajo, la estratificación a distintos niveles; la estructura política piramidal; la jerarquización social y religiosa; el control de la producción y la distribución de los excedentes; la existencia de servicios sociales; la tributación; ciertas leyes institucionalizadas, entre otros, son aspectos que definen a una nueva sociedad, más teocrática y tendiente a la vida urbana, pero en la que, por sus finales, comienza a mostrar cierto énfasis guerrero, que la conducirá a la integración de los Estados militaristas.

También el dominio de un grupo superior que se sobrepone a la masa de campesinos; la especialización artesanal de tiempo completo; los ingresos por concepto del comercio y los tributos; el control sobre otras comunidades aldeanas, satélites de los centros; las especializaciones locales en ciertos oficios; los nuevos desarrollos tecnológicos e intelectuales, etcétera; son otros tantos rasgos que definen al nuevo periodo; y así mismo los amplios contactos e interrelaciones entre los pueblos y grupos permiten la transmisión de las ideas, de los productores materiales, de los estilos artísticos, que influyen y en muchos casos cambian el rumbo de algunas culturas.

En este periodo se desarrolla la civilización teotihuacana. El centro ceremonial, urbano y religioso, se planea sobre un eje norte-sur o Avenida de los Muertos, a cuyos lados se construyen los conjuntos de edificios para los nobles, jefes y sacerdotes, para la realización de los cultos y las funciones administrativas; se construyen espaciosas plazas para el mercado y las festividades religiosas que se llevan a cabo de acuerdo con un calendario; se levantan altares, adoratorios y templos para los dioses; se trazan redes de caños para el desagüe y se abren pozos para el abastecimiento del agua; a la vez que surgen los barrios residenciales y de artesanos, con bloques de construcciones compuestas de múltiples cuartos, y con calles y banquetas, mientras que en la periferia se acumulan las chozas para el pueblo.

En esa ciudad prospera la arquitectura monumental, dentro del estilo de talud y tablero; buena parte de los edificios se decoran con pinturas murales de

temas religiosos; se labran grandes esculturas de los dioses, mosaicos de piedra para las fachadas, pilas-tras y otras obras; se hacen delicadas máscaras funerarias, figurillas, vasos y ornamentos; en la alfarería se producen vasijas para el comercio, entre ellas los vasos trípodes decorados al champlé o pintados sobre estuco seco, lo mismo que la cerámica anaranjada delgada; los comerciantes viajan hasta lugares bastante alejados, acompañados de escoltas de guerreros, a través de rutas conocidas, trayendo plumas preciosas de quetzal y de otras aves, yugos lisos, conchas y caracoles marinos, pelotas de hule, tal vez cacao, cerámica zapoteca y maya, etcétera

La religión teotihuacana se vuelve politeísta, pues se rinde culto a Tláloc o dios de la lluvia, a Chalchiuhtlicue o diosa de las aguas, a Xipe o deidad de la primavera y los mantenimientos, a Huehuetotl o dios del fuego, a Quetzalpapatl, a un dios Gordo Costeño, etcétera; y la cultura teotihuacana influye sobre otros pueblos de Mesoamérica, especialmente de Oaxaca y de las tierras mayas, como se observa en Monte Albán, Kaminaljuyú y Tikal.

En la costa del golfo de México se desarrolla la cultura del centro de Veracruz, la cual se caracteriza por un estilo artístico a base de volutas, ganchos y entrelaces, patente en sus yugos, palmas, hachas y figuras sonrientes, como se ve especialmente en el Tajín, Veracruz; y en este gran centro ceremonial hay numerosos edificios decorados con nichos y grecas de piedra, juegos de pelota con tableros ornamentados con relieves, lápidas, esculturas, etcétera

Esta cultura influyó a su vez sobre otros pueblos, como se observa en Teotihuacán, Cholula, Xochicalco y varios lugares de la costa del Pacífico de Guatemala; y en esta parte se integra un nuevo estilo de volutas y entrelaces vegetales, aunado a una obsesión ofidiana, incorporando los yugos y las hachas a la decapitación de los jugadores de pelota, estilo que a su vez influirá sobre algunos sitios de la cultura maya en Yucatán.

Y también podría hablarse de la cultura de los centros o ciudades como Monte Albán, Xochicalco, Cholula, y muchos otros de Oaxaca, del Altiplano central, de la Huasteca y del occidente de México, regiones que alcanzaron en algunos puntos una situación similar; pero preferimos terminar esta ejemplificación con la región maya, en la cual florecían centros como Palenque, Bonampak, Yaxchilán, Piedra Negras, Tikal, Kaminaljuyú y muchos más.

Casi todos esos centros ceremoniales se sustentaban de aldeas y rancherías vecinas, ejerciendo el control sobre un territorio determinado, cuyo traspaso por otro centro podía causar un conflicto bélico —observable en las pinturas de Bonampak y Mul

Chic, o en estelas de Piedras Negras y otros sitios en que son comunes las representaciones de conquistas y jefes guerreros, esclavos, entre otros— y en ellos habían sacerdotes, jefes, comerciantes, artesanos campesinos, etcétera, constituyendo una sociedad con estamentos sociales. La sociedad era más bien de tipo teocrático, ya que aun el jefe o cacique principal era al mismo tiempo sacerdote, civil y guerrero, por lo cual en las estelas puede aparecer representado con una bolsa de copal o con una barra ceremonial (sacerdote) con escudo y lanza (jefe de la guerra) o con un cetro maniquí (jefe civil).

La arquitectura en esos centros alcanzó un gran desarrollo, dentro de estilos peculiares como el del Petén Guatemalteco y Campechano, el de Palenque, el de Río Bec, el del Usumacinta, Chenes y Puuc; a la vez que floreció al culto a las estelas con inscripciones calendáricas; la escultura en bulto y en bajorrelieve, tanto en dinteles, jambas y escalinatas como en las columnas y fachadas; el modelado en estuco; la pintura mural; y el tallado de delicados ornamentos en jade, entre ellos orejeras, placas pectorales, anillos, broches de cinturón, máscaras y otros objetos.

De hecho, la clase sacerdotal poseía los conocimientos de la época, especialmente astronómicos y matemáticos, lo mismo que el calendario y la escritura jeroglífica, la medicina herbolaria y la ingeniería; y así contaron con un sistema vigesimal por posición, con el correcto empleo del cero; elaboraron un calendario religioso de 260 días y un calendario solar de 365 días; calcularon las lunaciones y prepararon tablas para la predicción de los eclipses; computaron el ciclo venusino en 584 días; fijaron las fechas de los solsticios y de los equinoccios; hicieron observaciones sobre varias constelaciones; además utilizaron la columna y el arco falso o bóveda de piedra salediza, construyeron acueductos y caminos, juegos de pelota y arcos de entrada a las ciudades, tumbas de piedra y cámaras funerarias, etcétera

Los mayas crearon una religión politeísta, celebraban fiestas religiosas y días de mercado, intensificaron el comercio interno y foráneo; a la vez que recibieron influencias del centro de Veracruz, de Teotihuacán y de Xochicalco, influyendo al mismo tiempo sobre otros grupos y aún sobre esos sitios, con lo cual se mantenía el intercambio de ideas, experiencias y conocimientos en toda Mesoamérica.

Así, las altas culturas de México se derivaron del periodo de los centros ceremoniales, los cuales continuaron su desarrollo natural con un marcado incremento de todos sus aspectos: mayor densidad de población, marcada complejidad social, fuerte división de labor, comercio intensivo y mercado, concentración de excedentes económicos, cultivos por

irrigación de canales familiares, religión politeísta, etcétera; y la sociedad podía tener un carácter urbano o no, según la amplitud de los centros ceremoniales, por la existencia de algunos servicios públicos, por la formación de castas o grupos privilegiados que ostentaban el poder y la riqueza (nobles, sacerdotes, comerciantes, entre otros), por un sistema social jerárquico y por un jefe teocrático o señor; además de las relaciones entre centros y urbes, desarrollo de la escritura y el arte, conocimientos astronómicos.

Etapas de los pueblos y Estados militaristas

Se refiere a los tiempos en que grupos de individuos, ajenos a la producción de alimentos, se imponen a otros grupos por medio de la fuerza; y con ello surgen los tributos obligatorios, el ejército o policía, los centros fortificados, la fabricación de armas, etcétera, que conduce al Estado militarista en diversos grados.

A su vez, la consolidación del Estado se logra por la conquista de nuevos territorios; por la anexión de tierras, hombres y fuerza de trabajo; por el establecimiento de colonias que son explotadas. La conquista hace más ricos y poderosos a los gobernantes, que se convierten en herederos de los cargos, rodeados de una nobleza o aparato estatal en crecimiento.

Inclusive se llega al Estado imperialista, gobernado por un señor absoluto con cargo hereditario; la explotación se vuelve vertical y horizontal; los tributos se concentran en una sola ciudad o metrópoli y en una clase social; se tiende a la homogeneidad cultural de vastos territorios, casi a una nacionalidad; se inicia la propiedad privada de la tierra, se emprenden grandes obras públicas, arquitectónicas e hidráulicas; se dictan leyes y, en suma, se pasa a una nueva sociedad que se caracteriza por la producción artesanal, el comercio y los tributos por vivir en ciudades urbanas y por tener relaciones clasistas en desarrollo.

Periodo de las ciudades y señoríos militaristas 900-1250 d. C. Por los finales del periodo anterior se observan escenas de batallas, conquistas de lugares, obtención de prisioneros, castigo y sacrificios de los mismos; comerciantes que vigilan con escoltas de guerreros, el uso de armas ofensivas y defensivas, junto con otros aspectos bélicos, lo mismo en pinturas murales, como las de Bonampak y Mul Chic, que en estelas, dinteles y otras esculturas (Piedras Negras, Bonampak, Yaxchilán, La Mar, Seibal, entre otros) y aun en la cerámica (Teotihuacán, Tikal, Chama, etcétera); todo lo cual nos indica que varios centros y ciudades teocráticas inician el militarismo, relacionado con la expansión comercial, con la

posesión de tierras, con los límites de fronteras, con la migración de grupos y aún con la difusión de la religión y culto a Quetzalcóatl.

También, por esos tiempos los gobernantes-sacerdotes poseían el control de la sociedad, dictaban la religión y eran especialistas en astronomía, matemáticas, astrología, medicina, escritura, contabilidad, legislación, etcétera; los artesanos eran los productores de obras para los centros y el comercio; los artistas servían a la teocracia para el embellecimiento de las ciudades y para el disfrute de obras suntuarias; los comerciantes comenzaban a constituir una profesión productora de riqueza y de poder; los campesinos generaban los excedentes alimenticios y soportaban la carga de los trabajos público; o sea que en esas sociedades ya existía el germen de las clases sociales, la desigualdad de la población, una forma de vida productora de manufacturas para las actividades mercantiles, el monopolio de los centros y el urbanismo, rutas comerciales y verdaderos Estados, que habrían de pasar de un régimen teocrático a uno militarista.

Así, hacia 900 d.C., vemos como muchos de los pueblos teocráticos de entonces han entrado en la decadencia, en parte por el agotamiento de las tierras circunscritas a su territorio, en parte por el sistema conservador de los cultivos, además de factores como la proliferación de colonias religiosas y aldeas, alejamiento de las poblaciones tributarias, surgimiento de nuevos centros o focos de poder, migración de gentes y de artesanos, litigios de tierras, creación de nuevas religiones, etcétera, y todo ello contribuye a la extinción de las grandes civilizaciones teocráticas, al despoblamiento de varios lugares, a la migración de grupos y a la oportunidad de que algunos de ellos, con ímpetus guerreros, reorienten a la cultura y creen nuevos pueblos y sociedades.

En este sentido, el periodo siguiente se caracteriza por la extinción de muchos centros ceremoniales y urbanos, por la movilidad o migración de varios grupos que en algunos casos se consignan en las fuentes históricas (toltecas, olmecas-xicalancas y nonoalcas, itzaes, xiues, quichés, entre otros), por la integración de nuevos linajes y pueblos que heredan parte de la tradición cultural existente y la religión del dios Quetzalcóatl, por los conocimientos de la metalurgia, de la cerámica plomiza tohil, etcétera; o sea que ahora se van formando pueblos o sociedades que sojuzgan a otras poblaciones, a efecto de integrar centros rectores más amplios, a manera de señoríos y Estados militaristas, los cuales van desarrollando una organización social y política más compleja, un aparato estatal con funciones específicas y jerarquizadas, una nueva religión y una más profunda división social, todo ello basado en el militarismo, en la

conquista de territorios, en la fuerza de trabajo obligado y en la tributación.

Así, los toltecas dominan y organizan a varios grupos aldeanos que se encuentran por la vecindad de Tula, Hidalgo; fundan allí su capital, construyendo primero pobres estructuras de adobe y lajas, pero después edificios más ricos con columnas serpentinas, pilastras, banquetas, chacmoles, colosos, etcétera, cuya inspiración vino de Chichén Itzá, Yucatán; mantienen luchas con los pueblos vecinos, como por ejemplo contra Cholula, de donde desalojaron a los olmecas históricos; colonizan lugares de varias regiones, entre ellas de Chiapas y Guatemala; adoptan el culto a Quetzalcóatl, introducido por Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl o sacerdote de esa deidad, tal como se nombraban; y también inician el estilo de los templos circulares-rectangulares y de los altares decorados con calaveras (tzompantlis), como se ve en El Corral, lo mismo que los muros decorados con serpientes (coatepantlis) y ciertas deidades, que heredan los mexicas.

En la región maya, principalmente en la península de Yucatán, se observa como los xiues ocupan Uxmal, introduciendo el culto a Kukulcán (Quetzalcóatl), que modifica a algunos edificios y da lugar a la construcción de otros; en tanto que los itzaes conquistan Chichén, llevan también el culto a Kukulcán y contribuyen a crear un nuevo estilo arquitectónico y escultórico, que podríamos llamar “maya-yucateco”, en el cual hay relieves con representaciones de jugadores de pelota decapitados, de guerreros con escudos y lanzadardos, del dios Kukulcán, de jaguares y de águilas o zopilotes reales, lo mismo que banquetas, columnas y pilastras serpentinas, chacmoles, atlantes, pinturas murales de batallas y otros temas relacionados con la guerra. Durante el auge de este estilo es cuando se refleja en Tula, Hidalgo, llevado por artesanos de Chichén Itzá.

Y también, durante este periodo la religión maya se vuelve politeísta; se van haciendo comunes los sacrificios humanos, entre ellos la práctica de arrojar víctimas al Cenote Sagrado de Chichén Itzá; las ciudades se van rodeando de un muro defensivo, a manera de ciudadelas fortificadas; se establecen alianzas como la llamada Liga de Mayapán, y se instituye un gobierno en el que el señor principal o cacique es al mismo tiempo el jefe de la guerra, el sumo sacerdote y el mercader más rico, cargo que se hace hereditario.

Periodo de los señoríos y metrópolis imperialistas: 1250-1521 d.C. El paulatino desarrollo del militarismo crea cacicazgos o señoríos y alianzas entre los pueblos, provincias y Estados; ensaya la organización política confederada; trata de lograr

una verdadera unidad política, casi diríamos nacional en algunos territorios, con tendencias imperia- listas; y a ello se asocia el urbanismo en gran escala, el sistema económico de producción con especialis- tas de tiempo completo, el comercio intensivo y la tributación, los centros nucleados o populosos, la po- blación concentrada y especializada económicamen- te, la explotación mayor de los recursos materiales y humanos, los cambios en las relaciones de propiedad y en la administración, las reglas o leyes judiciales, tal vez la esclavitud y otros factores.

Los guerreros se convierten en la clase dominante, adquieren grandes territorios por la expansión mili- tar o conquista; establecen colonias de mercaderes y factorías con destacamentos militares; retienen los lugares conquistados por el nombramiento de jefes o caciques familiares; los comerciantes más ricos son los mismos jefes que gobiernan a las capitales pro- vinciales; y se crean ciudades-Estados como centros de integración territorial, casi provincias con límites fronterizos, tendientes a la secularización y al Estado imperialista.

A este nuevo periodo y tipo de sociedad se ligan elementos culturales como el regadío intensivo y otras obras hidráulicas; construcción de ciudades amuralladas y fortificaciones; caminos y calzadas; códigos, literatura, poesía y conocimientos geográ- ficos e históricos que sobrevivieron hasta los prime- ros años de la Conquista; lo mismo que la metalur- gia avanzada; rutas terrestres y marítimas para el comercio; artículos que hacían el papel de moneda; religión compleja y jerarquizada; nuevas artesanías y estilos artísticos; educación institucionalizada y, en suma, un alto grado de cultura y organización.

En la región maya, lugares como Mayapán, Iza- mal, Tulum y otros centros, revelan esa situación; se establecen las casas reinantes de los cocomes, xiues, cheles, itzaes, peches, canules y otros más, los cuales gobiernan sobre provincias constituidas por aldeas, rancherías y pequeños centros ceremoniales en los que mandan familiares de esos señores; se contratan soldados mercenarios para la guerra, inclusive mexi- cas, y se trata de mantener el control de los productos y recursos de esos amplios territorios por las armas. Lo anterior explica por qué a la llegada de los españo- les el territorio de la península de Yucatán estuviera dividida en provincias o cacicazgos importantes.

Y también podría hablarse de los mixtecas que bajaron de la sierra para conquistar a varios centros zapotecas de los ricos valles de Oaxaca, y que en no pocas ocasiones se unieron entre sí para combatir a la penetración Mexica y aun a la española, y que se con- virtieron en habilidosos orfebres, pintores de códigos, talladores del alabastro y del cristal de roca, experi-

mentados ceramistas y talladores del hueso y la ma- dera; o de los tarascos de Michoacán, que llevaron sus conquistas hasta Colima y Jalisco, a Guerrero y el Es- tado de México, con objeto de controlar los recursos de ese territorio y defenderse de la expansión Mexica.

En el caso de la cultura mexicana, que por ser am- pliamente conocida no trataremos, basta señalar su disposición para la guerra, su condición de pueblo elegido por el Sol, el enorme territorio conquistado en menos de dos siglos, la existencia de órdenes mi- litares, como la de los caballeros águilas y tigres, el adiestramiento en las escuelas para el servicio mili- tar y el aspecto de la guerra florida para la obtención de víctimas destinadas al sacrificio y a la esclavitud; lo mismo que el establecimiento de alianzas milita- res, la imposición de tributos a los pueblos conquis- tados, la existencia de un señor o tlatoani con cargo hereditario, un dios de la guerra, y la repartición de la tierra conquistada entre sus capitanes más distin- guidos, en calidad de propiedad privada.

En otras palabras, en este periodo se llega a la con- solidación de Estados poderosos por la conquista y la guerra, con anexión de tierras y hombres en un vas- to territorio que pasa a ser propiedad de un señor o cacique principal, con cargo hereditario; y a ello se asocia cierto colonialismo de Estado, concentración de los tributos en los centros-capitales, reservas para el sostenimiento de un ejército permanente o tempo- ral, y también la tendencia a homogeneizar la cultura, a la propiedad privada, y al engrandecimiento y em- bellecimiento de las ciudades o metrópolis, en donde se concentra una heterogénea población siempre en aumento, diversificada y estratificada socialmente.

Resumen

En el modelo de evolución sociocultural aquí pro- puesto es lógico advertir que grupos de vida recolec- tora-cazadora pudieron existir hasta los tiempos de la conquista española, excepto aquellos dependien- tes de una flora y fauna pleistocénica; que lo mismo aconteció con las aldeas, centros y ciudades, que una vez iniciadas continuaron hasta la etapa militarista; que la sociedad y cultura en abstracto se fue desarro- llando de formas sencillas a formas complejas, a tra- vés de varios cambios fundamentales; y así la época de apropiación de alimentos marca la existencia de grupos recolectores y cazadores que se ajustaron a una vida trashumante o nomádica; a una economía de apropiación o recolecta; que vivían temporalmen- te en cuevas, abrigos o campamentos al aire libre; que dependían de los recursos vegetales y animales de vastos territorios, considerados como propiedad colectiva; y que los bienes obtenidos eran repartidos

entre todos los miembros de las bandas, guiados por los hombres de más experiencia o prestigio.

Con el tiempo, varias de estas bandas se fueron agrupando en unidades mayores; dependieron más de la recolección de vegetales; desembocaron a la agricultura incipiente; pero todavía lo obtenido era redistribuido equitativamente entre los miembros que constituían el grupo, o sea que seguían siendo autosuficientes y autónomos.

Al iniciarse la época de producción de alimentos los agrícolas incipientes van dando lugar a los campesinos aldeanos, los cuales cultivan las tierras necesarias para su subsistencia, consideradas dentro de un territorio perteneciente a la comunidad; y éstos viven en chozas de materiales perecederos, combinan su tiempo con algunos oficios familiares, realizan trueques y desarrollan una economía basada en la agricultura, caza, pesca y recolección, consumiendo la colectividad todo lo que producen, sin observarse todavía la explotación del hombre por el hombre.

Pero dentro de la sociedad aldeana surgen los hechiceros, magos o chamanes que comienzan a dirigir al resto de la comunidad por sus prácticas mágicas, por constituirse en los intermediarios entre el hombre y las fuerzas sobrenaturales; y con ello va surgiendo también la necesidad de ciertos excedentes económicos para el sostenimiento de dichos brujos, para pagar sus servicios y tal vez para el desarrollo de las festividades y rituales.

Así, estos hechiceros o chamanes comienzan a constituir un grupo o casta que desemboca en los primeros sacerdotes, los cuales se basan en la religión como factor de dominio y poder, que crean dioses y cultos a manera de especialistas intelectuales; y con ello se desenvuelven los primeros centros ceremoniales, la arquitectura religiosa y las imágenes, para lo cual es necesario extraer mayores excedentes económicos, tanto en productos como en mano de obra, de las aldeas rurales que reconocen al centro como cabecera.

Las aldeas rurales continúan cultivando las tierras comunales, pero tienen que tributar alimentos, materia prima y mano de obra para el engrandecimiento y del centro y de los que allí residen, es decir, para especialistas no productores de alimentos; la producción agrícola tiene que intensificarse por medio del terracedo y de sencillos canales de irrigación; se incrementan los intercambios de materias primas y algunos objetos suntuarios que comienzan a demandar la casta o grupo en el poder; y se va afianzando un régimen teocrático que marca la desigualdad entre los hombres campesinos y especialistas urbanos o de los centros cuya situación explotadora se agudiza con el tiempo.

Así, varios centros ceremoniales se van transformando en ciudades urbanas, en las cuales proliferan los artesanos, artistas, burócratas y dirigentes de la sociedad; se incrementa el número de dioses, cultos y festividades; se impulsan las artes y los conocimientos intelectuales —arquitectura, escultura, pintura, astronomía, matemáticas, calendario, etcétera— y al mismo tiempo hay mayores demandas de excedentes económicos, comenzando la pauperización del pueblo sujeto a la ciudad; se intensifican los intercambios foráneos y se van desarrollando los mercados o tianguis, a la vez que la concentración de poblaciones y demografía aldeana van planteando problemas de subsistencia y tierras en el ámbito gobernado por la teocracia, que en algunos casos eran Estados en potencia con algunas colonias basadas en la fe religiosa.

Las contradicciones entre el campesino y la ciudad se van agudizando; los señores y gobernantes teocráticos se rodean cada vez más de un aparato burocrático que demanda crecientes excedentes económicos, dados por una incipiente producción artesanal; se necesitan más tierras y más objetos suntuarios para la clase en el poder, a través de intercambios foráneos; y ello va conduciendo a la existencia de un grupo que controlará la producción de productos artesanales y mercaderías, que harán del comercio una profesión lucrativa, aunque controlada por el Estado o clase gobernante.

Estos comerciantes se acompañan de una escolta para sus contrataciones en lugares alejados, viajan a través de rutas establecidas, comienzan a servir ciertos productos u objetos como moneda, surgen los caminos y mercados; a la vez que hay pleitos de tierras y fronteras, luchas civiles y batallas, conquistas de lugares, integración de señoríos, introducción de nuevos cultos y deidades, migraciones de grupos, etcétera, que desembocan en el militarismo.

Ahora la sociedad es gobernada por los militares y guerreros apoyados en la teocracia; la tierra comienza a ser controlada por el Estado o los señores, a ser repartida entre las comunidades y la clase gobernante; se impone el tributo obligatorio por las armas; se realizan conquistas y guerras para obtener tributos y tierras que pasan a ser propiedad privada de algunos nobles y señores; se desarrolla el comercio; se intensifica la agricultura mediante obras de regadío, chinampas, etcétera. La situación se acompaña de ciudades fortificadas, de alianzas militares, de leyes, de tributos obligados a los pueblos conquistados, de imposición de lengua y costumbres, entre otros cambios; o sea que se llega a un periodo imperialista con el predominio de una ciudad metrópoli de donde se gobierna un vasto territorio y en donde se concentran los tributos de las colonias, en donde hay una

clase social que explota al resto del pueblo, una desigualdad social y económica marcada, así como una incipiente economía mercantil que se ve truncada por la conquista española.

Esta evolución sociocultural así resumida no puede visualizarse en un cuadro cronológico cultural de tipo horizontal, es decir, encasillando a las fases y periodos locales de los arqueólogos simplemente en relación temporal y dentro de rubros como Preclásico, Clásico y Postclásico, pues no dan el verdadero sentido de la dinámica o evolución de las sociedades y culturas estudiadas; por lo cual aquí también seguimos un cuadro de tipo vertical o abierto, en el que la división de periodos marcan en la izquierda el desarrollo y cronología en abstracto, mientras que las fases establecidas por los arqueólogos quedan en columnas abiertas y van marcando a las distintas sociedades y grupos que se desarrollaron en el tiempo o históricamente.

Así, por ejemplo, los grupos nómadas de cazadores y recolectores de tiempos pleistocénicos quedan en la parte inferior de una columna, que puede incluir temporalmente a otros grupos semejantes, excepto dependientes de megafauna; las comunidades aldeanas quedan más altas y también en otra columna que puede dar cabida a otras aldeas posteriores, y así consecutivamente; cuadro que puede mostrar simultáneamente la aparición y coexistencia de las varias formas de vida, sociedades y culturas que se desarrollaron en México o Mesoamérica.

Y creemos también que este modelo puede ser adoptado por los estudiosos de otras áreas arqueológicas, ajustando las fechas y nomenclatura a sus investigaciones, o tomándolo como aquí lo proponemos; ya que, por ejemplo, si tomamos la evolución del área andina, nos encontramos con un inicio de poblamiento que ocurre hacia 20000 a. C., con grupos que poseían una industria lítica poco diferenciada; una evolución gradual de los cazadores y recolectores; la emergencia de los cultivadores hacia 5500 a. C.; un periodo aldeano con la introducción de la cerámica; la aparición de los centros ceremoniales con un auge escultórico como los olmecas y los chavín, aunque en Perú se desarrolla más el regadío y la metalurgia; un periodo de las sociedades teocráticas que impulsan la civilización, aunque en México se desarrollan los conocimientos calendáricos, astronómicos, matemáticos y la escritura en piedra; un periodo transicional en que se comienza a manifestar el militarismo (Teotihuacán, mayas, Nazca, Moche); un periodo preimperialista en que surgen los personajes mitológicos o legendarios y fundadores de reinos. (toltecas, quichés, itzaes, huaris, tiahuanacos), aunque en Perú aparece el bronce y en México se introduce la metalurgia; y un periodo imperialista (mexicas, tarascos, chimú, incas), en que con ligeras variantes se llega a la consolidación de imperios prehispánicos. La misma conquista española ocurre casi simultáneamente.